

## PRESENTACION (\*)

Dr. Mariano Lebrón Saviñón

### Profesores:

Al iniciarse el año académico 1979-80, el Club de Profesores de la UNPHU —Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña—, a iniciativa de su dinámico presidente Raymundo Amaro, dicho así a secas, sin dones ni título, que no son menesteres para la ponderación de su nombre, presenta una muestra de pintura de dos artistas radicalmente dominicanos y dominicanistas: Yoryi Morel y Guillo Pérez. Como si dijéramos maestro y discípulo; aunque éste haya alcanzado su propia cima y se enorgullezca con su señera actitud de “creador oculto de un astro no aplaudido”, como dijera Juan Ramón, del poeta. Esta segunda exposición pictórica es una muestra clara de que en nuestra institución, amplia rada para las aguas siempre enriquecedoras de la cultura, se busca ponderar nuestros valores y mostrar, en crátera sagrada, la potación de nuestro acervo tan soslayado a veces, con injusto desmedro de los auténticos valores. Encimar, hasta alcores ardidados de fragancia, la verdadera estirpe floral de nuestras artes para el goloso abejar, zumbante de bordones que libre en su ambrosía la hiblea miel de nuestras

---

\*Palabras pronunciadas por el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, en ocasión de las muestras pictóricas de los connotados artistas Yoryi Morel y Guillo Pérez, exhibidas en el Club de Profesores de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

tradiciones, es cosa admirable. Y aquí hay dos pintores que han tenido por gaje dar nuestras cosas en refacción de arte verdadero.

Ningún pintor ha tratado nunca de suplantar a Dios, copiando la naturaleza, sino sugerir imágenes de esa naturaleza movido por la emoción. En un cuadro de Yoryi Morel, pongamos por ejemplo, ya que es uno de los que nos deleitan hoy con la maravilla de su arte, vibra el oro del sol, de un sol eterno, que él capturó —como pesca célica— con la mágica red de su retina y plasmó en un pedazo de tela. Y aquí podemos sentir, en la piel del alma, el formidable torpor de sus fulguraciones. Guillo Pérez, digamos de una vez, nos da en un gran lienzo una sinfonía de colores con predominio del azul —casi abstracto, sin fulguraciones— y nos da, sin embargo, también con insólitos estremecimientos de emoción, vibraciones desconocidas de la naturaleza. ¡Ay de quien no puede oír, frente al cromatismo genial de un cuadro de Guillo— la música que esparce su sonancia en el ámbito saliente del espíritu!

Si la arquitectura es música congelada, como decía Goethe, y la Misa en Re de Beethoven una catedral gótica de entretejidas piedras melódicas, como expresa gráficamente Camille Mauclair, en la pintura hay música también y hay poesía, sobre todo, porque la poesía está en todo: en el rumor del viento, en la quejumbre de las ramas, en la sonata de las aguas discurrentes entre guijas, en la leche luminosa de la luna, en la sonrisa, en el beso.

Lo que hace el poeta es sorprenderla, y repetirla, como soplada por la voz de céfiro de un duende o la melódica declamación de un ángel. Poesía sorprendida fue y es la nuestra, vibrante también en el pincel glorioso o en los dedos taumaturgos del pintor.

Yoryi Morel, perteneciente a la generación de Colson, —es decir, de los nacidos en el 1900— hizo en la pintura la misma labor, de honda raíz dominicanista, que su hermano Tomás en la poesía. Sólo que, a diferencia de éste, que da lo folclórico puro, Yoryi pone un sello de indudable personalidad en lo que hace. Esto quiere decir que Yoryi Morel es un pintor de positiva

fuerza creadora. Sus paisajes tropicales son vibrantes, vigorizados por la luz de su trópico: trazos de naturaleza viva y ardiente, que parecen estar en eterna vigencia de perfección. Lo anecdótico, lo narrativo (una riña de gallos, una canastera con su carga plena de frutas policromadas, el rostro duro de un campesino sombreado por el ala del sombrero de cana) se presenta con una seriedad solemne, por lo cual podemos decir que aunque Yoryi Morel no ha sido corifeo de ninguna escuela de las que han revolucionado el quehacer pictórico, su arte sigue siendo grato para nosotros y admirable el mensaje de cibaenismo puro —porque él es santiaguense y el risueño valle del Cibao es su paraíso ideal— que nos transmite en cada uno de sus óleos.

El autodidactismo de Yoryi se enriquece con un ejemplo, según Darío Suro:

*“Tuvo como maestro la luz del trópico y presumiblemente las reproducciones de las pinturas de Soroya que caerían en sus manos y le impresionarían profundamente, en ese entonces; que para España, Norteamérica y Latinoamérica, Soroya era el Dios mayor de la pintura española de su tiempo, ignorando que había entre bastidores otro Dios mayor que se llamaba Pablo Picasso”.*

Consciente o inconscientemente, Soroya le inspiró esos recios rostros de campesinos, como muy bien dice Valdeperes:

*“Su interpretación de la realidad abarca los dos polos del arte: la humildad y la grandiosidad, y su colorido es brillante siempre, pero de una sinceridad sugerente en la que se agota la capacidad objetiva del pintor”.*

Yoryi, desde los tiempos de mi muchachez, me ha impresionado como un Manuel del Cabral de la pintura. En cambio Guillo Pérez, hermético, serio, honesto en su pasión artística, ha estado tan cerca y tan lejano de mi afecto como el astro que parpadea falazmente en el agua de un estanque. He

seguido su trayectoria a través de su obra medrante y ejemplar. Lo creo un paradigma del quehacer pictórico. Joven, aunque pudiera ser de mi generación, (yo nací cuatro años antes que él), emerge como triunfador de certámenes pictóricos, donde se premia su arte, pero también su fidelidad a este quehacer de creación constante. Es —como se puede apreciar en esta exposición, no selectiva— un expresionista abstracto, espontáneo, serio y de una veta riquísima en la coloración. No gusta del drama, sino de lo natural, espontáneo, pues, como él mismo ha afirmado, la pintura geométrica no le atrae.

Guillo Pérez está aquí. La Universidad Pedro Henríquez Ureña —como antes la Madre y Maestra— lo recibe y se honra con su arte, con la rica presencia de su arte que va más allá de lo servil —me refiero al servilismo; a un orbe engañoso que puebla nuestros sueños de ilusiones, de su angustia creadora— y él y Yoryi Morel, nos recuerdan, con esas telas habladoras, cantarinas y vibrantes, que Dios está presente en todo, hasta en los pucheros, como diría Santa Teresa, y que mi Patria, nuestra Patria, ha emprendido un viaje triunfal cuya meta gloriosa es la región maravillosa del arte y del arrobó.